

PRESENCIA DE LO DEMONIACO EN «ABADDON, EL EXTERMINADOR», DE ERNESTO SABATO

Abaddón, el exterminador, la tercera novela de Ernesto Sábato, puede considerarse la culminación de un vasto y dramático proyecto del autor por encontrarse a sí mismo mediante la creación novelística, labor que no sólo pone a prueba sus capacidades creadoras, sino que plantea, al mismo tiempo, el problema de su propio destino y el de la condición humana en el Universo. Las cuestiones sociales, morales y, sobre todo, metafísicas que afectan la existencia humana constituyen obsesiones que siempre han atormentado a este gran novelista argentino, para quien la actividad literaria debe ser siempre algo más que un mero juego o entretenimiento esteticista (1). Para él, la novela constituye un esfuerzo por salvar una parte de la individualidad, condenada irrevocablemente a la extinción física por la muerte; la obra de arte nace—escribe en *Abaddón*—de «ese mal metafísico que mueve a todos los grandes creadores a rescatarse por el arte» (2). La teoría novelística sabatiana corre, pues, pareja al pensamiento existencial del autor, que reconoce que: «En una gran novela se mueven seres humanos y los seres no sólo experimentan emociones y sentimientos: también piensan. De modo que las ideas no pueden estar ausentes del orbe novelístico» (3). Tanto *El túnel* como *Sobre héroes y tumbas* son

(1) Escribe Sábato que en una gran novela «cada palabra está respaldada por el escritor-hombre; nada está dicho en vano, por mero juego, por pura habilidad lingüística. Y cuando lo está, como muchas veces en Joyce, constituye un defecto y no una virtud. (...) La literatura ha dejado de pertenecer a las Bellas Artes, para ingresar en la metafísica». *Hombreros y engranajes en Obras: Ensayos* (Buenos Aires, Editorial Losada, 1970), p. 250. En su rechazo del esteticismo coincide Sábato no sólo con la repugnancia que inspiraba a Unamuno, sino con otros pensadores existenciales europeos, especialmente Karl Jaspers, con cuya filosofía señalaré algunas coincidencias en este estudio. Sobre la visión estética y lúcida del arte afirma Jaspers: «La verdad cesa sólo cuando toda seriedad se hace imposible, cuando yo estéticamente disfruto las cosas al azar, cosas que nunca habrán de entrar en el reino de mis posibilidades, que están destinadas sólo a satisfacer mi curiosidad, mi deseo de variedad, y la incitación de emociones que nunca serán mías propias». *Philosophy*, volume 3, Translated by E. B. Ashton (Chicago & London: The University of Chicago Press, 1971), p. 169. Traduzco libremente al español de esta edición.

(2) *Abaddón, el exterminador*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1974, p. 129. Cito por esta edición, con la página entre paréntesis, en el texto de mi estudio.

(3) «Heterodoxia», en *Obras, ensayos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1970, p. 413. Para un estudio sobre la concepción sabatiana de la novela como género literario véase Ivan Schulman: «Ernesto Sábato y la teoría de la nueva novela», en *Homenaje a Ernesto Sábato*, editado por Helmy F. Giacomani, New York, Anaya-Las Américas, 1973, pp. 315-326.

novelas de una gran densidad intelectual y filosófica, pero el mundo de las ideas, en toda su dramaticidad y conflicto, se destaca aún más en *Abaddón*, ya que aquí el novelista ha intentado efectuar una especie de síntesis exploratoria de su propio quehacer literario, de su previa obra de ficción, y de su labor como ensayista. A continuación vamos a fijarnos solamente en un aspecto de la compleja problemática planteada por Sábato en *Abaddón, el exterminador*: su constante preocupación por el papel de lo demoníaco en la obra de creación artística.

Sábato ha expresado su concepto de la gran novela (del gran arte en general) como un anhelo de eternización, como un intento, escribe en *Abaddón*, repitiendo ideas ya expresadas en sus ensayos, de «paralizar el curso del tiempo» [26]. El arte es una actividad que se dispara hacia lo infinito y lo absoluto desde la perspectiva trágica de la finitud y la relatividad de todo lo humano, como un afán de trascender esa limitada y deficiente realidad: «¿Para qué crear si esta realidad que nos fue dada nos satisface? Dios no escribe ficciones: nacen de nuestra imperfección, del defectuoso mundo en que nos obligaron a vivir» [130]. Desde esta perspectiva, el arte surge como un acto de rebelión contra la existencia, como la actividad demoníaca por excelencia. Escribir ficciones que revelen profundamente la realidad de lo humano implica siempre para Sábato un encuentro fascinante y, al mismo tiempo, terrible con la misteriosa presencia del Mal en el Universo. De esta manera, la estructura temática de *Abaddón* incluye una concepción de resonancias maniqueístas, muy propia del pensamiento ensayístico de este autor.

En su libro de ensayos *Heterodoxia*, escribe Sábato bajo el subtítulo «Sobre la clave de la Historia»: «finalmente concluimos por entrever algo así como un combate metafísico entre el Bien y el Mal» (4). Este combate está también representado en el mundo de ficción sabatiano, particularmente en *Abaddón*, por la antinomia luz/tinieblas, aspecto que podemos vincular con su conocimiento del pensamiento existencial del filósofo alemán Karl Jaspers (5). Para éste, la existencia está dominada por dos poderes distintos que denomina «la ley diurna» y «la pasión nocturna». La «ley diurna» es la que impone orden y forma en el caos de la existencia, el principio que nos ata a la razón y demanda la realización en este mundo y la perfección de la existencia en un

(4) *Heterodoxia*, p. 303.

(5) El siguiente texto revela la lectura de Jaspers por Sábato: «se advierte la estirpe romántica en un pensador como Jaspers, cuando defiende "la pasión nocturna" ante la "ley diurna", cuando sostiene que la filosofía debe renunciar a la extensión por la profundidad estrecha o cuando se refiere a ese lenguaje cifrado con que el existente intenta invocar a sus semejantes desde su escarpada isla» (*El escritor y sus fantasmas, Obras, ensayos*, edic. cit., p. 710).